



# Viaggi di Pietro della Valle

## Il Pellegrino

(1586 – 1652)

### I.11.01 – Estancia en Cos y viaje a Rodas

Cartas escritas durante los 12 años de su viaje por Próximo Oriente e India a su amigo Mario Schipano. (1614 a 1626)

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez  
[esmeralda.deluis@cedcs.eu](mailto:esmeralda.deluis@cedcs.eu)

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.  
Fecha de Publicación: 16-02-2024  
Número de páginas: 11  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**11ª CARTA desde  
EL CAIRO  
25 de enero de 1616**

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



#### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

# **Del VIAJE DE PIETRO DELLA VALLE “IL PELLEGRINO”**

---

**Primera parte**

# **E G I P T O**



**CARTA UNDÉCIMA**  
desde Egipto, a 25 de enero de 1616

## **I.11.01 – Estancia en Cos y viaje a Rodas**



*Árbol de Hipócrates en la isla de Cos*

**11ª CARTA desde El Cairo  
entrega I.11.01  
Estancia en Cos y Viaje a  
Rodas**

*En la entrega anterior (I.11.00) el Señor della Valle describe su partida desde Constantinopla, la dificultosa navegación a través de las islas de la costa asiática y su llegada a la isla de Cos, patria de Hipócrates. Acompañado de un sacerdote greco ortodoxo recorre la isla hasta llegar a la supuesta casa de Hipócrates...*

“... Después de este recorrido nos dirigimos de nuevo a la ciudad para visitarla. Encontramos gran cantidad de mármoles, fragmentos de columnas, estatuas y vestigios de edificios que mostraban aún el uso para el que habían sido construidos. Cerca de la casa de Hipócrates también pude apreciar una fuente con una pila de mármol, rehabilitada por gente de Módena.

Una vez visto todo lo que había allí de algún interés, me retiré a nuestro galeón. Mas al día siguiente tampoco se habló de levar anclas por el viento contrario que no dejaba de soplar, y dado que el cielo y el mar nos amenazaban con una violenta tempestad, yo no quise salir del barco bajo circunstancia alguna, por miedo a perderlo, ya que el sitio en el que habíamos anclado no era un puerto, ni siquiera un mínimo refugio que nos aportara seguridad, así que me entretuve allí lo mejor que pude.

Desde el navío me mostraron que frente a la isla de Cos se podía ver el cabo de Criò, así llamado hoy en día, y lugar de la antigua Gnido que, por haber sido consagrada a Venus y estar tan próxima a Cos, no era de extrañar lo que había oído decir sobre la belleza de las Damas de Cos y su buena disposición para los placeres amorosos.

*La tempestad obliga al navío a echar el ancla de nuevo en esta isla [Cos].*

La noche anterior a la del 4 de octubre, fiesta de San Francisco, empeoró el tiempo, pero dado que nuestro navío era de gran calado, y que tres gruesas áncoras lo anclaban inmóvil ante esta tempestad, apenas si notamos la tormenta, de no ser por el estrépito de las olas del mar chocando contra la nave y de los rayos y truenos que recorrían el cielo; único ruido que en realidad nos molestaba para conciliar el sueño.

Por fin amainó la tempestad, que se resolvió en lluvia, pero, al ver que por la mañana nadie hablaba todavía de hacerse a la mar, por no hallarse ésta aún en calma, desembarqué en la isla [de Cos] por segunda vez para oír misa, ya que entre otras cosas, ese día la Iglesia celebraba la fiesta de San Francisco, y yo estoy obligado por la ley impuesta a todos los fieles, a asistir a la ceremonia el domingo que coincida con dicha festividad. Celebró el Servicio nuestro Padre Comendador, revestido con los ornamentos que se había traído para la ocasión; pero como los griegos no permiten a los latinos decir misa en sus iglesias, y tampoco se consiente a los nuestros

celebrarlas, si no prueban antes su fe católica; acabamos oyendo misa en una casa que nos prestó uno de esos a los que llaman *Papas*, gracias a un permiso especial que el Padre Comendador le dijo que tenía del Papa [de Roma], según el cual podría celebrar la misa donde mejor le pareciera. Acudió mucha gente por curiosidad, y numerosas damas, entre ellas, bastantes jóvenes y hermosas.

*Entretenimientos del Sr. Della Valle en esta isla.*

Cuando acabó la ceremonia, me despedí del Señor de la casa, el llamado *Diacono Papa Alexis*, que no quería dejar que me marchara, de tal modo que con todo aquel cortejo de hombres y mujeres que nos seguían, me fui a ver una iglesia dedicada a Nuestra Señora, que aquí llaman de *Gorgopicu*, un nombre que, según los más enterados, dicen ser resultado de una corrupción del término *Gligora ipacui*, es decir (la que) “concede rápidamente”.

Mientras yo me entretenía en esta iglesia copiando antiguas inscripciones que se apreciaban sobre sus muros, el número de curiosos que deseaban conocerme aumentó prodigiosamente, y todos, tanto hombres como mujeres, tuvieron el placer de hablarme, regalarme flores, invitarme a comer con ellos: todo lo que V.S. pueda imaginar y un poco más en cuanto a los miles de cortesías y detalles que tuvieron

*Alegría que mujeres y jovencitas de estas tierras tuvieron al verle.*

para con mi persona. Ante este despliegue de amabilidades, hice que se distribuyeran unos cuantos aspros<sup>1</sup>, gesto ante el cual, y muy en particular, tanto las viejas como ciertas jóvenes enjoyadas, mostraron una extraordinaria satisfacción, considerándose aún más afortunadas las que los podían recibir de mi propia mano, como si recibieran una indulgencia.

Pero Tomasetto, con el humor que siempre le ha caracterizado, arrojó un puñado de monedas en medio de esa multitud de muchachas, que se pusieron a regañar por recogerlas, llegando al punto de tirarse unas a otras de los cabellos. Os juro que en mi vida me he divertido tanto; pero debo admitir que lo más importante para mí ha sido la hospitalaria acogida y extraordinarios testimonios de estas buenas gentes.

Por fin, me despedí de todas aquellas jóvenes, y no tuve más remedio que aceptar que una ingente multitud de hombres me acompañara hasta la orilla del mar, en donde les dije adiós, agradeciéndoles una y mil veces su amabilidad, y con la promesa de recibirles en el extranjero, al menos en Constantinopla, ciudad con la que suelen mantener mucho comercio, llevando allí gran cantidad de fruta. Yo, por mi parte, presenté mis cumplidos a Sebastián, el sacerdote que allí conocí, y dejándome convencer por sus ruegos, le di mi nombre, apellidos y mi patria de origen, embarcando así con todas sus bendiciones, acompañadas de los deseos de prosperidad y un feliz viaje por parte de todas aquellas mujeres.

<sup>1</sup> El aspron o áspero era una moneda de origen bizantino de plata o de aleación de oro y plata. (<https://es.wikipedia.org/wiki/Aspron> – (24/05/2022). [Nota de la traductora: es muy posible que en la época de Della Valle esta moneda ya se hubiera devaluado y pasara a ser de cobre].

Al día siguiente [5 de octubre] zarpamos, y serían las dos de la madrugada cuando izamos las velas al viento. Habían sido tantas las manifestaciones de amistad que había recibido en Cos, que andaba yo enormemente impresionado y apenas si podía estar en silencio, de modo que mientras andaba conversando con Tomaso, éste me contó que una de esas mujeres había preguntado a Lorenzo si yo era napolitano, y que ésta le aseguró que una de sus parientes estaba allí como esclava; pero Lorenzo, que es de esa gente que hace un secretismo de todo, y que acaban haciéndose insoportables, jamás me habló de ello; aunque me dio por especular que tal vez Cos fuese el país de origen de la Señora Caterina, la que vive en vuestra ciudad; al mismo tiempo comencé a pensar sobre la carta que yo había recibido en Constantinopla de parte del Señor Colleta, en la que me rogaba e instaba a que si pasaba por el país de la Señora Caterina, hiciera allí algún tipo de diligencia, y obrara eficazmente a favor de ciertas personas, esclavas en Nápoles.

*Disgusto del Sr. Della Valle al no haberse acordado de una esclava de Nápoles que conocía.*

Para atender a su petición, me informé en Constantinopla, pero nadie supo darme noticias de este asunto. Sin embargo, las palabras de esa mujer, que se informó acerca de la situación de los esclavos en Nápoles de los que me hablaba Tomaso, y ese nombre turco de *Stangiò*, me hicieron recordar que bien podía tratarse del país de origen de la Señora Caterina, lo que inferí de inmediato.

Creí que iba a perder la paciencia en cualquier momento al no poder remediar esa situación, pues el barco se alejaba inexorablemente. Puedo aseguraros que el disgusto que me llevé excedió con mucho a los placeres que disfruté en la isla de Cos, a la que para volver otra vez, bien hubiera dado cuanto hubieran querido, ya que tal vez allí habría podido encontrar a alguno de sus familiares a los que llevarles noticias de ella, lo que me habría proporcionado mucha más satisfacción, y sin duda una sólida amistad. En fin, que tuve que soportar todo ese desconsuelo, al tiempo que durante el trayecto iba rogando a Dios constantemente que nos enviara un viento contrario, que nos obligara a volver a Cos; pero todo fue inútil. De todos modos, hacedme el favor de decir a la Señora Caterina que me intereso mucho por su situación, y que, a mi vuelta a Constantinopla iré a ver a su familia, y que si me mada una nota de alguna cosa que desee de su país, yo le prometo que se la haré llegar, me encuentre donde me encuentre, y si no lo pudiera hacer yo personalmente, se lo encargaría a alguien; todo sea por el honor y cualidades de esta señora, y la amistad que siempre me ha profesado. Pero ya basta de hablar de la Señora Caterina.

*Continúa la navegación cerca de la isla de Rodas*

Ya nos habíamos alejado bastante de Cos, cuando en el primer día de navegación dejamos atrás las Islas Nifuri, Tilo, Charei, Simi, y un escollo llamado Seuclià. Vimos Rodas a lo lejos, pero dado que el viento no soplaba a nuestro favor, no pudimos hasta pasado mucho tiempo llegar a puerto. No obstante, sin tocar fondo en ningun momento, permanecimos siempre en el canal, y no fuimos más allá de un cabo que llaman Marmarà, o Marmaraci, en

las costas más cercanas a la isla a las que pudimos acercarnos. De ese modo intentamos avanzar un poco, pero todo fue inútil, ya que estos grandes Galeones de Turquía tienen unas velas tan extraordinariamente voluminosas que son difíciles de

*Los galeones turcos son poco manejables a causa de sus*

manejar, y a menos que les sople viento de popa, es imposible maniobrar la nave. Aunque también os puedo asegurar que cuando reciben un viento favorable, avanzan rapidísimamente, a pesar de su enorme volumen y capacidad, pues con frecuencia en uno solo de estos barcos pueden transportar cómodamente hasta dos mil pasajeros; cosa que no es de extrañar, ya que las velas son de tal magnitud que la del palo mayor, la del medio, creo que sería suficiente para arbolar a más de tres de nuestros navíos más grandes.

Así que permanecimos allí durante cuatro o cinco días, con todas nuestras cosas y sin poder desembarcar en Rodas; pero, por fin, al andar navegando de un borde del canal al otro (justo sobre el que se encuentra la ciudad), el 10 de octubre, después de haber perdido casi la esperanza de poder entrar allí, hacia las tres o cuatro de la

*El Sr. Della Valle desembarca en Rodas.*

madrugada, nos llegó la mayor felicidad del mundo cuando nos abordó un pequeño esquife, de diez u once remeros, para llevarnos a tierra a los que así lo deseáramos. Yo no me hice dos veces de rogar, e inmediatamente me puse de acuerdo con los marineros para que nos trasladaran a mí y a

mi gente, junto con algunos de mis amigos turcos, a la ciudad, a la que llegamos ya muy tarde.



Al entrar, me fijé en las precauciones que se toman con todos los navíos que quieren arribar al puerto, cuando se acercan a las murallas sobre las que los centinelas hacen guardia constantemente. Vigilan de tal modo que, si en algún momento se me hubiera ocurrido sorprender desprevenida a esta ciudad, o me hubiera visto obligado a llegar hasta ella en una barca, más valdría que hiciera lo que tienen estipulado que se haga en tales ocasiones [é].

Las puertas de la ciudad estaban cerradas, porque era de noche, de modo que tuvimos que pasar el resto del tiempo lo mejor que pudimos en un pequeño cafetín de mala muerte, en el rompeolas del puerto; allí los turcos van a descansar, tomando café, y divirtiéndose, como creo que ya os he descrito en otras ocasiones.

*El Sr. Della Valle se pasea por los alrededores de la ciudad de Rodas.*

Al amanecer, abrieron las puertas de Rodas y entré. Lo primero que me llamó la atención sobre la puerta de acceso que da al mar, fueron dos escudos de mármol, uno religioso, y el otro, del Gran Maestre, el que hoy en día nosotros llamamos “de Malta”. Más adelante, me encontré con otra puerta, pues hay una muralla doble, que lleva a la salida, y sobre la que también se podían apreciar blasones de armas, estatuas e inscripciones religiosas; lo copié todo. Seguí avanzando por la ciudad hasta llegar a otra puerta de salida, la que da a la tierra; por ahí entran los turcos cuando los nombran Señores de la villa. Desde allí me fui a visitar las barriadas y las aldeas que las circundan; habitadas por cristianos griegos, a los que no se permite vivir dentro de la ciudad.

Esa misma mañana, después de haber asistido a misa en una casa particular, un griego me invitó y agasajó; este griego resultó ser uno de los Maestres Marineros de nuestro Galeón, por lo que desde ese instante todos los marinos se deshacían conmigo en corteses saludos y zalamerías; pero como aquel lugar estaba muy lejos de nuestro navío, no quise pasar allí la noche, ni tampoco regresar a aquel sitio; de modo que mientras estuvimos anclados en ese puerto, volvía a dormir todas las noches al galeón, mientras que durante el día me paseaba de un lado a otro, mirando a ver qué curiosidades podía encontrar.

*Recibió un trato de favor muy especial.*

Para abreviar os diré que durante el poco tiempo que nos quedamos en Rodas, vi todo cuanto era digno de ver, y bajo la protección de mi *Capigi*, y la hospitalidad de algunos oficiales amigos suyos de allí, tuve el favor del que ningún cristiano ha gozado hasta el momento, ni gozará: visitar su fortaleza y dar varias vueltas alrededor de las murallas, por dentro y por fuera; entré incluso en el foso, en las torres vigías, y por todas partes, con plena libertad para observarlas con todo detalle. Incluso pude observar las piezas de artillería, emplazadas unas junto a otras; tomé nota mental del calibre de algunas, y hasta les pedí que me explicaran cómo funcionaban, y cómo las cargaban; también pasé al lugar en donde guardan sus municiones, subí hasta lo alto del castillo, y me paseé por donde quise.

En fin, bien puedo decir que de haber tenido un plan para espiar, me habría resultado totalmente imposible llevarlo a cabo; de no ser por la suerte de haber podido realizar todo cuanto me vino en gana, haciendo un reconocimiento exhaustivo de esa fortaleza, así como de las fuerzas de que disponía una plaza tan importante como esa, y todo por haber ocultado mi deseo, bajo esa negligencia que aparenté, y de la que ni siquiera mi *Capigi* pudo sospechar, creyendo que se trataba tan solo de pura curiosidad por observar las bellezas de su ciudad.

*Descripción de la ciudad de Rodas.*

Me llevaría mucho tiempo comentaros ahora todo lo que vi; aunque solo os diré en pocas palabras que Rodas, después de Malta, es el sitio más hermoso y fortificado que yo haya visto nunca; bien es cierto que no la creería impenetrable por parte de los turcos, y tampoco me extraña que se hayan

convertido en sus Señores; en primer lugar, a causa de la proximidad de las tierras enemigas, sin las que la isla no puede subsistir; en segundo, porque fui perfectamente informado del estado de las tropas que el Turco tiene allí destacadas, y de su manera de actuar, pues todos sus soldados son pioneros infatigables; unos cien o doscientos mil están entrenados en el asedio de ciudades; todos trabajan con la pala como zapadores, y van a los cañones como si fueran a una boda, diciendo que en la frente lleva cada uno escrito su destino.

Pero lo que es digno de consideración en toda Rodas es que, como todo su terreno es arenoso, inestable e inculto, al separarlo y unirlo mediante pequeñas ramas de árboles, se puede convertir en una tierra firme y sólida; lo que me hace pensar que a los turcos les habría resultado muy fácil excavar, como hacían antes, grandes zanjas y aporcaduras de tierra para rellenar ambas partes del foso que, aunque extraordinariamente ancho, por ese medio bien se podrían forzar las murallas defensivas, y puedo asegurar que si antes habían sido así de altas, se podría haber vencido de ese modo a sus Señores, haciendo imposible que un puñado de hombres impidiera el paso a una multitud, una vez abatidas las murallas, los fosos cegados, y que un ejército entero pudiera penetrar fácilmente sin temor a la violencia de los asediados: aunque acerca de todo esto y de asuntos parecidos, os iré comentando con detalle, cuando tenga el honor de veros; de momento será suficiente con que os refiera que he encontrado una infinidad de títulos de la Orden de San Juan, que no tienen ya ningún valor, pero que sin embargo conservan con esmero.

He visto la iglesia que ahora es una mezquita, y el lugar en el que se hallaba uno de los tribunales de Nápoles, en donde se celebraba el Consejo; el palacio del Gran Maestre; el Hospital, numerosas mansiones muy hermosas, que creo fueron residencia de los caballeros de la Orden de las diferentes Naciones, así como muchos otros edificios, con las armas y blasones particulares de muchas familias, que no me resultan desconocidas, y de las que guardo algún recuerdo: sobre todo, he visitado numerosos sitios que guardan la memoria de un gran Maestre, llamado F. Pierre Daubusson, y que si no me equivoco fue cardenal en 1478. Puede apreciarse su nombre y escudo de armas sobre las tres puertas de la ciudad, en muchos lugares de las murallas, y sobre todo en una de las piezas de artillería de más tamaño que yo haya visto jamás: soporta 44 *hocca* turcas, y cada *hocca* es de 400 dracmas; aunque lo que más admiré de esta pieza es que su calibre es tal, que puede entrar fácilmente un hombre entero en su interior; es más larga que cualquier cañón o culebrina existentes, y dispara la bala a varias millas sobre el mar. Está montado sobre un caballete en el paseo que comunica este Puerto con el de las Galeras, dos vastos puertos vastos que posee la isla.

*Descripción de un cañón de un prodigioso grosor.*

nombre y escudo de armas sobre las tres puertas de la ciudad, en muchos lugares de las murallas, y sobre todo en una de las piezas de artillería de más tamaño que yo haya visto jamás: soporta 44 *hocca* turcas, y cada *hocca* es de 400 dracmas; aunque lo que más admiré de esta pieza es que



La mañana del 11 de octubre, tras haber disfrutado con la visita a todas estas curiosidades, nuestro galeón levó anclas dispuesto a partir; pero hete aquí que cuando estábamos a punto de izar las velas nos llegaron nuevas desde Rodas, informando de que unas galeras de Sicilia, Malta y Florencia habían apresado a 18 *caramuzales*<sup>1</sup> [turcos]; lo que obligó a nuestro patrón a fondear de nuevo, y a no abandonar el puerto sin antes asegurarse una travesía sin peligro. No obstante, buscó la forma de mandar un aviso al Capitán Bajá, comandante de la Armada de Negroponte, para que le enviara unas galeras de escolta, porque, como ya os he comentado, al ser nuestro navío propiedad del *Caimmacam*, había que tener un cuidado exquisito con él, y puedo aseguraros que el Capitán Bajá habría llevado a cabo con gusto esta orden. Pero no se decidió a enviarle una barca, por lo lejos que se encontraba de allí Negroponte, prefiriendo quedarse anclado en el puerto hasta tener mejores noticias. Todos esos rumores fueron la causa de que se reforzaran las guardias en Rodas, y que se vigilara sobre todo a los esclavos cristianos, que aquí son numerosos, así como a nosotros, los otros extranjeros francos que, contraviniendo la costumbre, habíamos visitado la ciudad en varias ocasiones, porque es muy raro que los extranjeros libres bajen al puerto en este lugar, en donde normalmente no se les permite entrar. Esto hizo que un día en que quisimos darnos un paseo por la ciudad, nos detuvieran en la segunda puerta, en donde los guardias nos dijeron que tenían órdenes de no dejarnos pasar sin permiso del Bey, o del Gobernador y el Capitán.

*Apresamiento de algunos barcos turcos.*

*Se prohíbe a los extranjeros entrar en Rodas.*

*Los turcos tienen un buen carácter.*

Mucho se sorprendió nuestro *Capigi*<sup>2</sup>, y se fue de inmediato a ver al Bey, del que obtuvo que pudiéramos recorrer toda la isla por cualquier lugar, incluso que, si deseábamos pasar la noche en ella, también lo hiciéramos; las únicas restricciones fueron que no nos llevaran a las murallas de defensa, ni a donde estaba emplazada la artillería; de lo cual me reí en mi fuero interno, porque yo había estado allí anteriormente; dándome cuenta de que los pobres turcos no son de natural desconfiados; sino más simples y más ingenuos que nosotros, según lo he experimentado ya en varias ocasiones. Sea como sea, yo volví a entrar [en la ciudad] con toda mi gente; pero después, para no abusar, permanecí en el barco, y solo enviaba a Lorenzo, por las mañanas y por las tardes, a comprar nuestras provisiones.

Como ya empezaba a aburrirme, le rogué al patrón que me dijera, en confianza, cuánto tiempo nos quedaríamos aún anclados en Rodas; porque si me aseguraba que nuestra estancia continuaría aún durante cinco o seis días, yo había resuelto con mi *Capigi* coger un esquife y regresar a la isla de Cos para arreglar lo de la Señora Caterina; pero el patrón no quiso darme demasiadas precisiones, pues lo único que

<sup>1</sup> Del turco *karamusal*. **Barco** turco de tres palos y popa muy elevada. RAE.

<sup>2</sup> Capitán del barco.

estaba esperando eran las noticias de la armada [turca] para hacerse a la mar. Así que no tuve otro remedio que armarme de paciencia, y quedarme allí anclado; aunque no fue por mucho tiempo, ya que el 17 del citado mes de octubre, tres galeras de Rodas, que venían de la Armada [turca], llegaron a puerto a primera hora de la mañana, con la noticia de que los cristianos se habían retirado con el botín, y que estaba libre el paso.

*El Nilo conserva todo el dulzor y blancura de sus aguas, hasta bien entrado en el mar.*

Nuestro Patrón se dispuso a proseguir el viaje, y reforzó nuestro galeón con unas cuantas piezas de artillería nuevas; una vez cargadas, dio las instrucciones precisas, y hacia el mediodía levamos anclas, y enfilamos hacia Alejandría, por mar abierto, sin tocar tierra, y con un viento del norte en popa, habitual en esta estación del año, que nos haría alcanzar nuestro destino en no más de tres o cuatro días; pero tuvimos muy mala suerte porque, aunque avistamos tierras egipcias a los tres días, hasta parte de la desembocadura del Nilo que converge ampliamente en el mar con el dulzor y blancura de sus aguas, pues resultó que a causa de la ignorancia y poca experiencia de los marineros, turcos y griegos, que no usan las cartas marinas, y que apenas saben gobernar con la *boussole*<sup>1</sup>, cuando descubrimos tierra, nos habíamos desviado a sesenta millas de Alejandría, hasta Rosetta, a la que los turcos llaman *Resad*, en donde la desembocadura es más grande que la del Nilo; de modo que con una paciencia infinita, tuvimos que volver por donde habíamos venido, y os aseguro que, por la misma ignorancia de los marineros, y lo poco apto de nuestro navío para este tipo de navegación, anduvimos retrocediendo más que avanzando.

*Impaciencia del Sr. Della Valle para con los pilotos de su navío.*

Ya podéis imaginar las maldiciones que le dedicábamos, tanto al piloto, como a los marineros. Desde luego, de toda la gente, yo era el que andaba más encolerizado, porque me habían llevado al colmo de la paciencia; así que cogí mi *boussole*, y les traté cien veces de bestias e ignorantes. Algunos turcos de clase alta que nos acompañaban, vinieron a mí y me rodearon, como los que creen, cuando ven a alguien que habla más que los otros, que tiene sentido común, diciéndome que yo tenía razón al demostrar de ese modo mi enfado...

**Próxima entrega: I.11.02 – Della Valle llega a Alejandría**



<sup>1</sup> Compás usado en las cartas de navegar.

